

La comunicación en las transformaciones del campo cultural

JESÚS MARTÍN-BARBERO*

Introducción

Hasta fines de los años setenta las *ideas fuertes*, las que fundaron y hegemonizaron los estudios de comunicación, respondieron más a un modelo de conocimiento instrumental que a un proyecto de comprensión. En los últimos años, ese modelo se ha visto rebasado tanto por el movimiento de los procesos sociales, como por los desplazamientos en el terreno teórico.

La comunicación y la información –de la mano de las innovaciones tecnológicas: satélites, informática, videoprocesadores– han pasado a ocupar el lugar central en la configuración de los nuevos modelos de sociedad. (Baudrillard, 1985 y 1990) Pero esa centralidad de los dispositivos de la comunicación está implicando el replanteamiento de su sentido y su razón. De ahí que en el terreno teórico, la comunicación esté hoy vinculada, paradójicamente, a la búsqueda y defensa de una racionalidad diferente a la instrumental; es decir, a la racionalidad que emerge de la experiencia de socialidad que contiene la praxis comunicativa cotidiana (Habermas, 1987 y 1989) y al cambio cultural que conecta las nuevas condiciones del saber (Lyotard, 1984 y Ginzburg, *et al.*, 1984) con las nuevas formas del sentir, de la sensibilidad (Rorty, 1991; Touraine, 1992 y Calabrese, 1987) y con los nuevos modos de juntarse, esto es, con las nuevas figuras de la socialidad. (Maffesoli, 1990 y Inglehart, 1991)

En América Latina lo que pasa en/por los medios no puede ser comprendido al margen de discontinuidades culturales, que median la significación de los

discursos masivos y el sentido de sus usos sociales. Pues lo que los procesos y las prácticas de comunicación colectiva ponen en juego no son únicamente desplazamientos del capital e innovaciones tecnológicas, sino profundas transformaciones en la cultura cotidiana de las mayorías: cambios que sacan a flote estratos profundos de la memoria colectiva, al tiempo que movilizan imaginarios fragmentadores y deshistorizadores de la experiencia, la acelerada desterritorialización de las demarcaciones culturales –moderno/tradicional, noble/vulgar, culto/popular/masivo, propio/ajeno– y desconcertantes hibridaciones en las identidades.

Comunicación y ciencias sociales

Desde mediados de los ochenta la configuración de los estudios de la comunicación muestra cambios de fondo que provienen no sólo, ni principalmente, de deslizamientos internos, sino de un movimiento general en las ciencias sociales. El cuestionamiento de la *razón instrumental* no atañe únicamente al modelo informacional, sino que pone al descubierto lo que tenía de horizonte epistemológico y político del ideologismo marxista. De otro lado, la *cuestión transnacional* desbordará en los hechos y en la teoría la *cuestión del imperialismo*, obligando a pensar una trama nueva de actores, de contradicciones y conflictos. Los desplazamientos con que se buscará rehacer conceptual y metodológicamente el campo de la comunicación vendrán del ámbito de los movimientos sociales y de las nuevas dinámicas culturales, abriendo así la investigación a las transformaciones de la experiencia social.

* Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Se inicia entonces un nuevo modo de relación con y desde las disciplinas sociales, no exento de recelos y malentendidos pero definido más por apropiaciones, que por recurrencias temáticas o préstamos metodológicos: desde la comunicación se trabajan procesos y dimensiones, que incorporan preguntas y saberes históricos, antropológicos, estéticos..., al tiempo que la historia, la sociología, la antropología y la ciencia política se hacen cargo de los medios y los modos como operan las industrias culturales. Muestra de ello serán los trabajos sobre historia barrial de las culturas populares en Buenos Aires -de comienzos a mediados de siglo- (Armus, 1990), o la historia de las transformaciones sufridas por la música negra en Brasil hasta su legitimación como música nacional, urbana y masiva. (Squef y Wisnik, 1983) En la antropología, las investigaciones acerca de los cambios en el sistema de producción y la economía simbólica de las artesanías mexicanas (García Canclini, 1982), o sobre los rituales del carnaval (Da Matta, 1981), la religión y la cultura del cuerpo en Brasil. (Muñoz Sodré, 1983 y Ortiz, 1981) En la sociología, los trabajos promovidos por CLACSO sobre innovación cultural y actores sociales (1989), las investigaciones sobre consumos culturales (Catalán, 1988; Landí, *et al.*, 1990; García Canclini, *et al.*, 1990 y Muñoz, 1993) y los trabajos sobre la trama cultural y comunicativa de la política. (Lechner, 1988[a]; Landí, 1991; Landí, *et al.*, 1988 y Sunkel, *et al.*, 1989)

Sin embargo, más decisivo que la tematización explícita de procesos o aspectos de la comunicación en las disciplinas sociales, es la superación de la tendencia a adscribir los estudios de comunicación a una disciplina y la conciencia creciente de su estatuto transdisciplinar. Esto es lo que muestra la reflexión de Raúl Fuentes (1991) sobre la multidimensionalidad y complejidad disciplinaria que da forma a la *desapercibida comunidad* de los investigadores de la comunicación en México, o a lo que nos enfrenta y convoca el reciente libro de García Canclini (1989) al interrogar el espacio de la comunicación desde la desterritorialización e hibridaciones que producen en América Latina la entrada y salida de la modernidad. En esta nueva perspectiva, industria cultural y comunicaciones masivas son el nombre de los nuevos procesos de producción y circulación de la cultura, que corresponden no sólo a innovaciones tecnológicas, sino a nuevas formas de la sensibilidad y a nuevos tipos de disfrute y apropiación, que tienen si no su origen, al menos su correlato más decisivo en las nuevas formas de sociabilidad con que la gente enfrenta la heterogeneidad simbólica y la inabarcabilidad de la ciudad.

Es desde las nuevas formas de juntarse y de excluirse, de reconocerse y desconocerse, que adquiere espesor social y relevancia cognoscitiva lo que pasa en y por los medios y las nuevas tecnologías de comunicación. Pues es desde ahí que los medios han entrado a constituir lo público, esto es, a mediar en producción del nuevo imaginario, que en algún modo integra la desgarrada experiencia urbana de los ciudadanos, ya sea sustituyendo la teatralidad callejera por la espectacularización televisiva de los rituales de la política, o desmaterializando la cultura y descargándola de su sentido histórico mediante tecnologías que como los videojuegos o el videoclip, poseen la discontinuidad como hábito perceptivo dominante.

Transdisciplinariedad en los estudios de comunicación no significa, entonces, la disolución de sus objetos en los de las disciplinas sociales, sino la construcción de las articulaciones -mediaciones e intertextualidades- que hacen su especificidad: ésa que hoy, ni la teoría de la información ni la semiótica pueden pretender ya -aun siendo disciplinas *fundantes*-, como lo demuestran las más avanzadas y recientes investigaciones realizadas en Europa y Estados Unidos (Wolf, 1990; Schiesinger, 1990 y Grosberg, Nelson y Treichler, 1992), que presentan (de la misma manera que las de América Latina), una cada vez mayor convergencia con los avances de los estudios culturales, que hacen posible la superación de la razón dualista que impedía pensar las relaciones y conflictos entre industrias culturales y culturas populares, por fuera de los idealismos hipostasiadores de la diferencia como exterioridad o resistencia en sí.

Fue necesario soltar pesados lastres teóricos e ideológicos, para que fuera posible analizar la industria cultural como matriz de desorganización y reorganización de la experiencia social (García Canclini, 1991), en el cruce con las desterritorializaciones y relocalizaciones que acarrearán las migraciones sociales y las fragmentaciones culturales de la vida urbana. Una experiencia que reorganiza el campo de tensiones entre tradición e innovación, entre el *gran arte* y las culturas del pueblo y de la masa, y que ya no puede ser analizado desde las *categorías centrales* de la modernidad -progreso/reactión, vanguardia/*kitsch*-, pues ellas no corresponden a la nueva sensibilidad, ni sus modalidades de comunicación a las tradiciones culturales.

Es esa misma experiencia la que está obligando a repensar las relaciones entre cultura y política, a conectar la cuestión de las políticas culturales con las transformaciones de la cultura política, justamente en lo que ella tiene de espesor comunicativo, esto es, de trama de interpelaciones en que se constituyen los

actores sociales; lo que a su vez se revierte sobre el estudio de la comunicación masiva, impidiendo que pueda ser pensada como mero asunto de mercados y consumos y exigiendo su análisis como espacio decisivo en la redefinición de lo público y en la construcción de la democracia. (Martín Barbero, 1991)

La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no son fortuitos ni ocasionales, responden al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural —que la nueva etapa de modernización requiere en estos países—, como en la crisis que la modernidad sufre en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de esos estudios sin pensar esta encrucijada.

Pensar la crisis desde América Latina tiene como condición el arrancarnos aquella lógica según la cual nuestras sociedades serían irremediablemente exteriores al proceso de la modernidad, de ahí que su modernidad sólo pueda ser deformación y degradación de la verdadera. Romper esa lógica implica preguntar si la incapacidad de reconocerse en las alteridades que la resisten desde dentro no forma parte de la crisis: de la crisis no pensada desde el centro. Pensable sólo desde la periferia, en cuanto quiebre del proyecto de universalidad, en cuanto diferencia que no puede ser disuelta ni expulsada. ¿Qué es lo que más profundamente caracteriza a la heterogeneidad de América Latina? Su modo descentrado, desviado, de inclusión en, y de apropiación de la modernidad.

Pensar la crisis significa para nosotros dar cuenta de nuestro particular malestar en/con la modernidad. (Brunner, 1986: 37 y ss.) Ese malestar que no es pensable ni desde el inacabamiento del proyecto moderno que reflexiona Habermas —pues ahí la herencia ilustrada es restringida a lo que tiene de emancipadora, dejando fuera lo que en ese proyecto racionaliza el dominio y su expansión—, ni desde el reconocimiento que de la diferencia hace el pensamiento posmoderno, pues en él la diversidad tiende a confundirse con la fragmentación, que es algo muy distinto a la interacción en que se teje y sostiene la pluralidad.

El proceso más vasto y denso de modernización en América Latina se da a partir de los años cincuenta y sesenta, y se halla vinculado decisivamente al desarrollo de las industrias culturales. Son los años de la diversificación y afianzamiento del crecimiento económico, la consolidación de la expansión urbana, la ampliación sin precedentes de la matrícula escolar y la reducción del analfabetismo. Y junto a ello, acompañando y moldeando ese desarrollo, se produce la expansión de los medios masivos y la conformación del mercado cultural. Según J. J. Brunner, es sólo a partir de ese cruce de procesos que puede hablarse de modernidad en estos países. Pues más que como experiencia intelectual ligada a los principios de la ilustración (Brunner, 1987; Brunner, Catalán y Barrios, 1989), la modernidad en América Latina se realiza en el descentramiento de las fuentes de producción de la cultura desde la comunidad hacia los aparatos especializados; en la sustitución de las formas de vida elaboradas y transmitidas tradicionalmente por

Modernidad periférica: crisis y diferencia

Modernidad plural o, mejor, modernidades: he aquí un enunciado que introduce en el debate una torsión irrestible, una dislocación inaceptable, incluso para los más radicales de los posmodernos. Porque la crisis de la razón y del sujeto, el fin de la metafísica y la deconstrucción del logrocentrismo tienen como horizonte la modernidad, una que comparten defensores e impugnadores.

estilos de vida conformados desde el consumo; en la **secularización e internacionalización** de los mundos simbólicos, y en la **fragmentación** de las comunidades y su conversión en públicos segmentados por el mercado.

Si bien algunos aspectos de todos estos procesos arrancan desde principios de siglo, no alcanzan su visibilidad verdaderamente social sino cuando la educación se vuelve masiva, llevando la disciplina escolar a la mayoría de la población, y cuando la cultura logra su diferenciación y autonomización de los otros órdenes sociales, a través de la profesionalización general de los productores y la segmentación de los consumidores. Esto sucede en el momento en que el Estado no puede ya ordenar ni movilizar el campo cultural, debiendo limitarse a asegurar la autonomía del campo, la libertad de sus actores y las oportunidades de acceso a los diversos grupos sociales, dejándole al mercado la coordinación y dinamización de ese campo. La modernidad entre nosotros resulta ser "una experiencia compartida de las diferencias, pero dentro de una matriz común proporcionada por la escolarización, la comunicación televisiva, el consumo continuo de información y la necesidad de vivir conectado en la ciudad de los signos." (Bruner, 1990: 38)

De esa modernidad no parecen haberse enterado ni hecho cargo las políticas culturales ocupadas en buscar raíces y conservar autenticidades, o en denunciar la decadencia del arte y la confusión cultural. Y no es extraño, pues la experiencia de modernidad a la que se incorporan las mayorías latinoamericanas se halla tan alejada de las preocupaciones *conservadoras* de los tradicionalistas, como de los experimentalismos de las vanguardias. Posmoderna a su modo, esa modernidad se realiza efectuando fuertes desplazamientos sobre los compartimentos y exclusiones que durante más de un siglo instituyeron aquellos, generando hibridaciones entre lo autóctono y lo extranjero, lo popular y lo culto, lo tradicional y lo moderno. Todas estas categorías y demarcaciones se han vuelto incapaces de dar cuenta de la trama que dinamiza el mundo cultural, del movimiento de integración y diferenciación que viven nuestras sociedades.

La modernización reubica el arte y el folclor, el saber académico y la cultura industrializada, bajo condiciones relativamente semejantes. El trabajo del artista y del artesano se aproximan cuando cada uno experimenta que el orden simbólico específico en que se nutría es redefinido por la lógica del mercado. Cada vez pueden sustraerse menos a la información y a las iconografías modernas, al desencantamiento de sus mundos auto-

contrados y al reencantamiento que propicia la espectacularización de los medios. (García Canclini, 1989: 18)

Las experiencias culturales han dejado de corresponder lineal y excluyentemente a los ámbitos y repertorios de las etnias o las clases sociales. Hay un *tradicionalismo* de las élites letradas que nada tiene que ver con el de los sectores populares, y un *modernismo* en el que *se encuentran* –convocadas por los gustos que moldean las industrias culturales– tanto buena parte de las clases altas y medias como la mayoría de las clases populares.

Fuertemente *cargada* de componentes premodernos, la modernidad latinoamericana se hace experiencia colectiva de las mayorías sólo merced a distocaciones sociales y perceptivas de tipo posmoderno. Una posmodernidad que en lugar de venir a reemplazar, viene a reordenar las relaciones de la modernidad con las tradiciones, que es el ámbito en que se juegan nuestras diferencias, esas que, como nos alerta Piscitelli (1988) ni se hallan constituidas por regresiones a lo premoderno, ni se sumen en la irracionalidad por no formar parte del inacabamiento del proyecto europeo. "La posmodernidad consiste en asumir la heterogeneidad social como valor, e interrogarnos por su articulación como orden colectivo". (Lechner, 1988 [b]: 30) He ahí una propuesta de lectura de lo más radical del desencanto posmoderno desde aquí. Pues mientras en los países centrales el elogio de la diferencia tiende a significar la disolución de cualquier idea de comunidad, en nuestros países, afirma N. Lechner, la heterogeneidad sólo producirá dinámica social ligada a alguna noción de comunidad. No a una idea de comunidad *rescatada* del pasado, sino reconstruida en base a la experiencia posmoderna de la política. Esto es, a una crisis (Lechner, 1987: 253 y ss.) que nos aporta de un lado el *enfriamiento de la política*, su *desdramatización* por desacralización de los principios; *destotalización* de las ideologías y reducción de la distancia entre programas políticos y experiencias cotidianas de la gente; y de otro la *formalización* de la esfera pública: la predominancia de la dimensión contractual, sobre la capacidad de crear identidad colectiva, con el consiguiente debilitamiento del compromiso moral y los lazos afectivos, la diferenciación y especialización de su espacio, con el consiguiente predominio de la racionalidad instrumental.

La posmodernidad en América Latina es menos cuestión de estilo, que de cultura y de política. Se refiere a cómo *desmontar* aquella *separación* que atribuye a la élite un perfil moderno al tiempo que recluye lo colonial en los sectores populares, que coloca la

masificación de los bienes culturales en los antípodas del desarrollo cultural, que propone al Estado dedicarse a la conservación de la tradición dejándole a la iniciativa privada la tarea de renovar e inventar, que permite adherirse de manera fascinante a la modernización tecnológica mientras se profesa miedo y asco a la industrialización de la creatividad y la democratización de los públicos. Se trata de cómo recrear las formas de convivencia y deliberación de la vida ciudadana, sin reasumir la moralización de los principios, la absolutización de las ideologías y la sustancialización de los sujetos sociales, y de cómo reconstituir las identidades sin fundamentalismos, rehaciendo los modos de simbolizar los conflictos y los pactos desde la opacidad de las hibridaciones, las desposesiones y las reapropiaciones.

Rediseñando el mapa

Colocada en el centro de la reflexión filosófica y sociológica sobre la crisis de la razón y la sociedad moderna, la problemática de la comunicación desborda hoy los límites de las disciplinas y los esquemas académicos. Necesitamos asumir este estallido y rediseñar el mapa de las preguntas y las líneas analíticas, tarea difícil en un momento en el que la crisis económica y el desconcierto político hacen más fuerte que nunca la tentación involutiva.

El regreso a las seguridades teóricas y a posiciones neoconservadoras está siendo enmascarado por un doble discurso convergente. El del posibilismo político que, disfrazado de lucidez acerca de lo que está pasando, le hace el juego a la *expansión* del mercado y a su presentación como única instancia dinámica de la sociedad, y el del saber tecnológico, según el cual, agotado el motor de la lucha de clases la historia encontraría su recambio en los avatares de la comunicación: ¡en adelante transformar la sociedad equivaldría a cambiar los modos de producción y circulación de la información!

¿Cómo hacer frente a esa nueva y redoblada reducción? ¿Cómo asumir el espesor social y perceptivo de las nuevas tecnologías comunicacionales, sus modos transversales de presencia en la cotidianidad de ámbitos que van desde el trabajo hasta el juego, desde la ciencia hasta la política; pero no como *datos* que confirmarían la tramposa centralidad de un desarrollo tecnológico en el que se disolvería lo social —la desigualdad, el poder— sino como *retos* a las inercias teóricas y a los automatismos de la investigación? Siguiendo la dirección que marcan estas preguntas, señalaré algunas cuestiones que desde la investigación

de la comunicación reconfiguran el *campo de los estudios culturales*.

1. Nuevas imágenes de lo nacional

La modernización por la que atravesamos entraña un fuerte desplazamiento de la función que jugaron los medios masivos en la primera modernización (Martín-Barbero, 1987), la que de los años treinta a los años cincuenta estuvo orientada por los populismos, y en la que los medios jugaron un papel decisivo en la formación y difusión del sentimiento y la identidad nacional. La radio construirá una mediación fundamental con el lenguaje popular, con sus peculiares maneras de elaborar las adhesiones y las interpe-laciones, con su especial capacidad de reelaborar la oralidad. El cine hará la mediación con las culturas urbanas, organizando el cambio de la racionalidad expresivo-simbólica a la racionalidad instrumental de la modernidad. Ambos medios proporcionarán a la gente de la provincia y las regiones apartadas una experiencia cotidiana de integración a la nacionalidad.

El proceso que vivimos hoy es no sólo distinto, sino en cierta medida inverso. Los medios de comunicación son uno de los más poderosos agentes de devaluación de lo nacional. (Schwarz, 1987) Lo que desde ellos se configura hoy, de una manera explícita en la percepción de los más jóvenes, es la emergencia de **culturas sin memoria territorial**. Culturas que desafían especialmente las imágenes que los educadores tienen de lo nacional.

¡Es muy difícil no proyectar sobre las desterritorializadas sensibilidades de los jóvenes —que movilizan la música y el video— la dicotomía fundante de los Estados nacionales! Y sin embargo, los medios introducen hoy otro orden de lo cultural, que no es pensable en términos de lo nacional/antinacional, pues lo que ellos ponen en juego es un movimiento a la vez de globalización y fragmentación de la cultura (véase Mattelard, 1989 y Riqueri, 1982). Tanto la prensa como la radio, y aceleradamente también la televisión, son hoy los más interesados en *diferenciar* las culturas por regiones y por profesiones, por sexos y por edades. La prensa inició hace años una oferta de revistas especializadas que se hace presente en la organización misma de los diarios. La radio, sobre todo en FM, ha dejado la propuesta de una programación *masiva*, introduciendo una segmentación más y más diversificada de las audiencias. Las antenas parabólicas y el cable han estallado la oferta de la televisión. La devaluación de lo nacional no proviene únicamente de la desterritorialización que efectúan los circuitos

de la interconexión global, de la economía y la cultura-mundo, sino de la erosión interna que produce la *liberación de las diferencias*, especialmente de las regionales y generacionales.

Mirada desde la cultura planetaria, la nacional aparece provinciana y cargada de lastres estatistas. Mirada desde la diversidad de las culturas locales, la nacional es identificada con la homogeneización centralista y el acartonamiento (ritualista y retórico). Lo nacional en la cultura se ve así rebasado en ambas direcciones, replanteado por el nuevo sentido de las fronteras. ¿Dónde se juega la soberanía hoy, cuando desde los satélites se pueden *fotografiar* los subsuelos y cuando la información decisiva escapa a los controles de las aduanas y circula por redes *informales*? ¿No es la categoría misma de frontera la que ha perdido sus referencias, y con ella la idea de nación que inspiró su configuración en la cultural?

Sin embargo, frente a la desterritorialización que produce el movimiento de globalización de la economía y a la erosión que implica la revitalización de lo local en su derecho a la propia imagen y a los relatos propios, lo nacional sigue conservando vigencia cultural (Gellner, 1989; Hobsbawm, 1991) en la medida en que configura un espacio estratégico de resistencia a determinadas formas de dominación y a una mediación histórica fundamental: la de la memoria larga, que hace posible el diálogo entre generaciones.

El *malestar en lo nacional* (Schwarz, 1987) señala así una zona de cruces estratégicos en los estudios culturales con los de comunicación. En un espléndido estudio sobre la historiografía latinoamericana del siglo XIX, German Colmenares desmonta en las historias patrias las razones y los mecanismos de incomunicación con el pasado: "para intelectuales situados en una tradición revolucionaria no sólo el pasado colonial resultaba extraño, sino también la generalidad de una población que provenía de ese pasado y que se aferraba a una síntesis cultural que se había operado en él". (1987: 72) Este extranamiento se concreta en una ausencia de reconocimiento, que era *ausencia de vocabulario para nombrarla* y una sorda hostilidad hacia el oscuro espacio de las culturas iletradas. Y a contraluz de lo vivido por los historiadores del siglo XIX, Colmenares conecta con una clave de la crítica posmoderna: el replanteamiento de aquel sentido *progresista* de la historia, que hace incapaces de percibir la pluralidad de temporalidades de que está hecha a los intelectuales más críticos o, como dice G. Marramao, "la larga duración de estratos profundos de la memoria colectiva sacados a la superficie por las bruscas alteraciones del tejido social que la propia aceleración modernizadora comporta". (1989: 60)

En la medida en que la incorporación de las mayorías nacionales a la modernidad pasa por las industrias culturales de la comunicación, por la modificación de sus gramáticas y sus imaginarios, se plantean en América Latina dos líneas de trabajo. Una, la indagación de lo que en los procesos masivos de comunicación convoca u obtura la memoria en que se fejan los tiempos largos, los que hacen posible el reconocimiento de los pueblos y el diálogo entre tradiciones, y dos, la investigación de los cambios en las imágenes y metáforas de lo nacional, la devaluación, secularización y reinención de tradiciones y mitologías en que se deshace y rehace esa contradictoria, pero aún poderosa, fuente de identidad.

2. Sensibilidades e hibridaciones urbanas

En los últimos veinte años el peso poblacional de América Latina se ha desplazado del campo a la ciudad, y en bastantes países la proporción se acerca ya al setenta por ciento urbano. Obviamente no es sólo la cantidad de población la que señala el cambio, sino la aparición de sensibilidades nuevas que desafían los marcos de referencia y comprensión forjados sobre la base de identidades nítidas, de fuertes arraigos y deslindes claros: ¿lo rural urbanizándose, pero conservando secretamente solidaridades ancestrales con lo indígena, lo urbano ruralizándose por las compulsivas migraciones que acarrea la crisis del campo y la desorganización que introduce la apertura económica, a la vez corriendo afanosamente para ponerse al día con el modelo postmoderno?

Nos fallan los marcos de comprensión porque nuestras ciudades son hoy el opaco y ambiguo escenario de algo no representable ni desde la diferencia excluyente de lo propio y lo autóctono, ni desde la inclusión disolvente de lo moderno. (Sario, 1988; Fernández-Martorell, 1988) La cultura cotidiana de las mayorías desafía a fondo nuestros esquemas al apropiarse de la modernidad sin dejar su cultura oral, al estar gramaticalizada no por la sintaxis del libro, sino por los dispositivos narrativos de la radio, el cine y la televisión. La nueva sensibilidad convierte el estudio de la comunicación en tarea de envergadura antropológica.

Tratando de ir más allá de los esquemas acostumbrados de explicación de la violencia, un investigador colombiano ha tenido la osadía de indagar las transformaciones de la ciudad de Medellín desde su zona más dolorosa: la cultura de las bandas de jóvenes sicarios. (Salazar, 1990) El resultado de su indagación saca a la luz la explosiva mezcla de tres culturas: la de la región antioqueña cuya capital es Medellín; la

maleva (malevolat) del tango presenta un gran fuerza en el mundo popular de esa ciudad desde hace años, y la de la modernización.

El fondo antioqueño, el que viene de la cultura rural de los abuelos, llega hasta esos muchachos a través de tres rasgos bien particularizados: el afán de lucro, una fuerte religiosidad y el espíritu de revancha. Por su parte, la cultura del tango permea ese fondo regional y lo carga con la exaltación de los valores del macho, del varón y la idealización de la madre y, a esa selección que la juventud marginada hace de las componentes culturales que vienen de lejos, se agrega y se mezcla como aglutinante el componente de modernidad. Una modernidad que es ante todo sentido efímero

del tiempo, ése que se expresa en la corta vida de la mayoría de los objetos que ahora se producen —¡desechables es la denominación con que en el lenguaje del medio se nombra a esos mismos jóvenes!— y en el valor del presente, cuando ni el pasado ni el futuro cuenta mucho; ése que cambia el sentido de la muerte, al convertirse en la experiencia más fuerte de la vida. Incorporan también el moderno sentido del consumo, forma simultánea de hacerse y exhibirse poderosos y la asimilación de la transacción económica a todas las esferas de la vida. Incorporan, finalmente, un lenguaje fuertemente visual: desde los modos de vestir hasta los de hacer música y hablar, fragmentados y llenos de imágenes, inspirados en mitologías visuales de la guerra y atravesados por las estridencias sonoras y gestuales del punk. Un último ingrediente, la música antillana de la rumba y la salsa, corrigiendo el ascetismo antioqueño con su goce del cuerpo que transforma la vieja sacralización cristiana de la muerte en su aceptación como parte de la vida y de la fiesta.

La hibridación cultural es la otra cara de la heterogeneidad, del estallido y la desurbanización de la ciudad. Es la forma de identidad con que se sobrevive en la ciudad estallada, pues el crecimiento anárquico de las ciudades está acrecentando las periferias,



dispersando los grupos humanos, aislándolos, dejando casi sin conexiones las diferentes ciudades que hacen la ciudad. La desarticulación de los espacios tradicionales de encuentro colectivo hace que —como afirman García Canclini, M. Piccini y P. Sola (s/f, 15-25)— la vida cotidiana se desurbanice y la ciudad se use cada vez menos. Y es justamente esa desagregación cultural de la ciudad la que será compensada con la red de las culturas electrónicas. Compensación vicaria pero eficaz.

Los medios audiovisuales y la televisión en especial, serán los encargados de devolvernos la ciudad, de reinsertarnos en ella a la vez que ellos se introducen como mediación densa que hace no-

sible rehacer el tejido de las agregaciones, de los modos de juntarse. Un tejido que resuone menos a las topografías de los urbanizadores que a la topología de los territorios imaginarios (Silva 1992), en los que el juego de los medios masivos encuentra a su vez su alimento y su límite: el de las relocalizaciones que los grupos sociales llevan a cabo, y a través de las cuales marcan su ciudad y seleccionan y escenifican sus símbolos de pertenencia, dándose formas de identidad inexistentes hasta entonces.

3. Comunicación e imaginarios de la integración

Los medios masivos llevan años integrando un imaginario latinoamericano. (Monsiváis, 1983 y 1986) La industria del disco y de la radio han convertido la música —el tango, la ranchera, el bolero y últimamente la salsa— en un lugar de encuentro expresivo y creador de modos de juntarse, de bailar, de escuchar y de convivir. Pero los medios, las industrias culturales de la radio, el cine y la televisión, trabajan hoy al interior de una situación nueva, que plantea la paradoja de que la integración de los países latinoamericanos pase

ineludiblemente por su integración a una economía mundo, regida por la más pura y dura lógica del mercado y por una revolución tecnológica generadora de nuevas formas de dependencia. (Castells y Laserna, 1989; Sutz, 1990)

Es a nombre de la integración latinoamericana que se justifican en nuestros países los enormes costos sociales que acarrea la apertura: esa modernización económica y tecnológica que amenaza otra vez con suplantarse en nuestros países al proyecto social de la modernidad. Y como en ningún otro terreno, en el de la comunicación se hace visible lo que la integración latinoamericana tiene hoy de necesidad ineludible y de contradicción insuperable. Pues si hay un movimiento poderoso de superación de barreras y disolución de fronteras, es el que pasa por las tecnologías de información y comunicación. Pero son justamente esas tecnologías las que de manera más intensa aceleran la integración de nuestros pueblos y culturas al mercado. ¿Y qué tipo de integración pueden gestar las solas fuerzas del mercado? (Lechner, 1992; Jameson, 1992) ¿Qué significa en este contexto la prioridad dada a la privatización de las empresas de comunicación? Parecería que el espacio tecnológico de la comunicación se ha vuelto decisivo en el diseño y reorganización de unas sociedades en las que el Estado se retira dejando sin piso, y sin sentido, a lo que hasta hace poco entendíamos como espacio y servicio público.

En este nuevo contexto estamos urgidos de conocer qué está produciendo la integración comunicacional en la experiencia cotidiana, cuáles son los sentidos de lo latinoamericano hoy. (Reyes Mata, 1990) Hemos avanzado bastante en la cuantificación de los contenidos que se transmiten y en la identificación de los flujos de programas de TV, pero sabemos bien poco de lo que la integración está significando en los mundos de vida de la gente. ¿Cuál es la relación de la oferta global externa a la región con la interna que nos llega vía satélite? ¿Qué tipo de hibridaciones y resistencias conllevan? Muy lentamente vamos comprendiendo el enorme poder que las industrias audiovisuales tienen hoy en el terreno estratégico de la producción y reproducción de las imágenes que de sí mismos se hacen estos pueblos, y con las que se hacen reconocer de entre los demás. Pues si bien es importante que en el espacio audiovisual del mundo estén presentes empresas latinoamericanas como *Redeglobo* y *Televisa*, resulta sin embargo inquietante que esas empresas tiendan a moldear la imagen de estos pueblos en función de públicos neutros, de públicos cada día más indiferenciados, disolviendo para ello las diferencias culturales en el exotismo más rentable y barato.

Acosado entre la retirada del Estado de las iniciativas de producción y la drástica disminución de espectadores, el cine latinoamericano (Getino, 1990; Kullebroeck, *et al.*, 1991) se debate hoy entre una propuesta comercial, sólo rentable en la medida en que es capaz de superar lo nacional y, una propuesta cultural, sólo viable en la medida en que sea capaz de articular los temas locales con la sensibilidad, con la estética de la cultura mundo.

Del lado de la televisión, la tendencia dominante es a una internacionalización cada día más acentuada del contenido y al desplazamiento de los criterios de calidad hacia la sofisticación puramente técnica. (Festa y Santoro, 1991) Esto es visible en los dos géneros que actualmente tienen mayor peso en la televisión latinoamericana: la publicidad y la telenovela. Más allá de su peso económico, la publicidad (Mattelart, 1989) ocupa un lugar privilegiado en la experimentación de imágenes que posibilita la computadora y en la renovación de los modos de representación de la modernidad: las imágenes de la publicidad y del video clip -estéticamente cada día más cercanas- son las que hacen la mediación cotidiana entre innovación tecnológica y transformación narrativa. Tal mediación encontró en las imágenes de la Guerra del Golfo un momento culminante, al insertar un fuerte sistema de identificaciones inmediatas en una estética de la simulación sin exterioridad y de una fragmentación en cuyo juego predomina la seducción que hace indolora la pérdida de los referentes culturales.

Por su parte, las telenovelas (Martín-Barbero y Muñoz, 1992) cargadas con pesados esquematismos narrativos y cómplices de mistificadoras inercias ideológicas, forman sin embargo parte importante de los dispositivos de recreación del imaginario latinoamericano. Imaginario cuya formación remite tanto al lugar estratégico que las industrias de la imagen ocupan en los procesos de constitución de identidad -especialmente en países donde la oralidad se interpenetra profunda y complejamente con la visualidad electrónica- como a la larga experiencia del mercado en condensar saberes (Miu y Piccini, 1987: 110 y ss.) que rentabilizan aspiraciones humanas y demandas sociales. Tramposa experiencia que permite a la industria cultural captar en la estructura repetitiva de la serie las dimensiones ritualizadas de la vida cotidiana, renovando constantemente las sintaxis narrativas en base a las cuales funciona el comercio transnacional.

Estas tendencias están exigiendo una investigación capaz de superar la concepción instrumental y difusiva de los medios, de manera que pueda convertirse en animadora de políticas culturales que se

hagan cargo de lo que los medios tienen de, y hacen con la cultura cotidiana de la gente.

Bibliografía

ARMUS, D. (COMP.)
 1990 *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana.

BAUDRILLARD, J.
 1985 "El éxtasis de la comunicación", en *La post-modernidad*, Barcelona, Kairós.

BRUNER, J.J.
 1986 *Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO.
 1987 "Existe o no la modernidad en A.L.", en *Punto de vista*, núm. 31, Buenos Aires.
 1990 *Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana*, Santiago de Chile, FLACSO.

BRUNNER, J.J., CATALÁN, C. y BARRIOS, A.
 1989 *Chile, transformaciones culturales y conflictos de la modernidad*, Santiago de Chile, FLACSO.

CALABRESSE, O.
 1987 *La era neoharraca*, Madrid, Cátedra.

CASTELLS, M. y LASERNA, R.
 1989 "La nueva dependencia. Cambio tecnológico y reestructuración socioeconómica en Latinoamérica", en *David y Goliath*, núm. 55, Buenos Aires.

CAJALÁN, C. (COORD.)
 1988 *Empleata: consumo cultural*, Santiago de Chile, Cenera/FLACSO.

CLACSO (DIR.)
 1989 *Innovación cultural y actores socioculturales*, 2 vol., Buenos Aires.

COIMENARES, G.
 1987 *Las convenciones sobre la cultura*, Bogotá, Vicer Muriá.

DA MATTIA, R.
 1981 *Cassavaüs, mafandrus, fereis*, Rio de Janeiro, Zahar.

FERNÁNDEZ-MARTÍNEZ, M. (DIR.)
 1988 *Leer la ciudad*, Barcelona, Gremi.

FESTA, R. y SANFORO, L.F.
 1991 "A terceira idade da TV: o local e o internacional", en *Rede imaginária television e democracia*, Sao Paulo, Companhia das Letras.

FUENTES, R.
 1991 *La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México*, Guadalajara, Concio.

GARCÍA CANCLINI, N.
 1982 *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Nueva Imagen.

1989 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Coyoacán.

1991 "Las estadísticas culturales de los 80 a los 90", en *Punto de vista*, núm. 40, Buenos Aires.

GARCÍA CANCLINI, N., PICCOLI, M. y SAVA, P.
 1990 *Públicos de arte y política cultural. Un estudio del Segundo Festival de la ciudad de México*, ENAH/UAEM-L/UAEM-X/DDF, México, D.F.

GELNER, E.
 1989 *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa.

GIENGO, O.
 1990 *Introducción al espacio audiovisual latinoamericano*, Buenos Aires, INC.

GINZBURG, C. ET AL.
 1983 *Crisis de la razón: nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana*, México, Siglo XXI.

GROSGREG, E., NELSON, C. y TREICHLER, F. (EDIT.)
 1992 *Cultural Studies*, Nueva York, Routledge.

HABERMAS, J.
 1987 *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus.
 1989 *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus.

HOBBSBAW, E.
 1981 *Narcos e nacionalismo desde 1780*, Sao Paulo, Paz e Terra.

HILLESBRÖCK, J., ET AL.
 1991 "Integración audiovisual en América Latina" en *Comunicación*, núm. 16-17, Lima.

INGLHART, R.
 1991 *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, Siglo XXI.

JAMERON, P.
 1992 "Conversaciones acerca del nuevo orden mundial", en *Fin de siglo*, núm. 4, Cali.

LANDI, O.
 1988 *Reconstrucciones: Las nuevas formas de la cultura pública*, Buenos Aires, Punto Sur.
 1991 "Videopolítica y cultura", en *Diálogos de la comunicación*, núm. 29, Lima.

LANDI, O., ET AL.
 1990 *Públicos y consumos culturales de Buenos Aires*, Buenos Aires, Cedes.

LAGHNER, N.
 1987 "La democratización en el contexto de una cultura postmoderna", en *Culturas política y democratización*, Santiago de Chile, FLACSO.
 1988(a) *Los patios interiores de la democracia*, Santiago de Chile, FLACSO.
 1988(b) "Un desencanto llamado postmodernidad", en *Punto de vista*, núm. 33, Buenos Aires.
 1992 "El debate sobre Estado y mercado", en *Revista Foro*, núm. 18, Bogotá.